

uno de los más bellos sobre las posibilidades táctiles del color en la naturaleza:

Las tierras, los cultivos, todo de un color de reales, de calidad apretada; el verde jovial del maíz; el de las calabaceras de un tacto velludo; el de los frutales, tan jugoso que trasciende a su médula dulce; el tostado de las cebadas maduras, que van desplegándose con un crujido de espigas de barbas luminosas, que se nos agarran a los dedos, como zancas de cigarras; el frescor de la vid y del jazminero (Pág. 950).

No cabe más precisión en ese ir arrancando a los colores de las plantas, sensaciones de suavidad, de aspereza, de frescor. En *Años y leguas* se lee también:

Bajaban sombras de los montes, que tenían un tacto de paño (Pág. 984).

Otras veces, la mezcla se hace en distintos planos sensoriales, como en este pasaje de *El obispo leproso*, donde una sensación auditiva desemboca en otra táctil, gustativa:

Ese estridor de llaves y cerraduras creía sentirlo Pablo hasta con la lengua (Pág. 814).

Y en *Años y leguas*:

Labra una yunta; va dejando la reja un crujido fresco (Pág. 935).

O bien el sonido parece visualizarse, como ocurre en esta descripción de *El obispo leproso*:

En el silencio semejaba verse el clamor del río, enrollándose frescamente en la alcoba como un viejo mastín de la casa (Pág. 897).

